Mirando al 2008

MANUEL CASTELLS

LA VANGUARDIA, 29.12.07

El calendario pasa artificialmente las páginas de nuestra vida. Pero todo lo que sentimos es construcción mental. Y por tanto es lógico situarse en ese dintel imaginario para mirar atrás y adelante, meditando lo que hicimos y oteando el por hacer. Fechas estas de recopilación de lo vivido. Yo prefiero mirar adelante, no para predecir el futuro, tema de agoreros y astrólogas, sino para vislumbrar los perfiles de lo ya plantado. Pero si las semillas las conocemos, la cosecha del 2008 es incierta, aunque significativa. Incluso me atrevería a decir que nos situamos en un punto de inflexión del mundo en que vivimos.

Para empezar, es año de elecciones, en Estados Unidos (país vértice de lo global) y en España (nuestro envoltorio de lo local). Son elecciones importantes. En Estados Unidos se acaba el reino neoconservador de fanatismo, corrupción, ilegalidades políticas, propaganda del miedo y peligrosas aventuras imperiales, con un Bush ya aislado y menospreciado. Probablemente tendremos presidente demócrata, pero no es seguro. El rechazo que genera Hillary o el racismo encubierto que socava la candidatura de Obama puede convertirse en un voto a favor de un republicano con carisma personal (Giuliani) o religioso (Huckabee). Aunque no se puede descartar todavía a Edwards, sólidamente plantado en la izquierda con lo que eso conlleva como problema en Estados Unidos pero también con la posibilidad de que le apoyen quienes quieren salir de Iraq y temperar la globalización, que son muchos hoy día. En cualquier caso, la tendencia profunda es hacia la revisión de una política dominada

por la paranoia defensiva y hacia un intento de Estados Unidos para reconstruir sus lazos con el mundo y con sus propios ciudadanos. Estamos ante un reconocimiento de los límites de una política imperial para la que no hay ni recursos ni voluntad popular una vez superado el pánico del 2001. O sea, por ese lado, iríamos hacia un mundo más razonable.

También es importante para España la elección del 9 de marzo. No tanto porque pueda haber cambios sustanciales de contenidos de la política, sino porque la previsible derrota del PP podría abrir la puerta a un nuevo liderazgo conservador que rescate a ese partido, esencial para nuestra democracia, del extremismo legionario adonde lo llevó la deriva de Aznar. Si el partido de los Piqué, Rato, Ruiz-Gallardón y tantos otros asume enderezar el rumbo de su formación política tras una nueva debacle electoral, podremos centrar la democracia española entre un centroderecha y un centroizquierda como Dios aconseja (que no manda) con posibles alternancias correctoras de arrogancia y sus correlatos, sin que resucitemos fantasmas de choque de civilizaciones ibéricas. Es pues una elección importante no tanto por su resultado, sino por las consecuencias a medio plazo del resultado que se proyecta.

El 2008 puede ser igualmente el año de una nueva relación entre Catalunya y España, porque la situación actual no se aguanta. Y si la contribución de Catalunya a un futuro gobierno socialista se hace indispensable, ya sea por el peso del PSC dentro del PSOE o por la contribución del nacionalismo a la formación del gobierno en Madrid, los temas pendientes tendrán que resolverse. Lo cual quiere decir desarrollo del Estatuto en lo concreto y elevación del techo de autogobierno, por más que le pese al futuro presidente del Congreso. Y no hablo de la

inefable porque ya está amortizada. La alternativa sería el enfrentamiento cívico con Madrid y la probable formación de un frente nacionalista en Catalunya que erosionaría seriamente la estabilidad del Gobierno en Madrid.

En la economía mundial y nacional, todo depende de la evolución de tres grandes cuestiones. Primero, el aterrizaje suave o forzoso de las burbujas inmobiliarias que plagan los mercados financieros en Estados Unidos y Europa. Si las hipotecas no aguantan y si la construcción se hunde, entramos en un periodo de turbulencia que puede tener consecuencias en cadena, yendo hacia una recesión global. A esto se puede añadir una escalada de precios del petróleo cuyo punto de crisis parece situarse en los 130 dólares por barril con potencial de generar una inflación que nos sitúe en una depresión con inflación. Pero, en tercer lugar, aún nos puede salvar el Séptimo de Caballería, o sea China, India, Rusia, el Pacífico asiático y una parte de América Latina, que pueden tirar de la economía mundial, tanto en demanda como en producción a menores costos. Ahora bien, esa transferencia del dinamismo en la economía global abre una transición hacia un mundo que escapa a la hegemonía occidental.

Y claro, aún está el volcán del enfrentamiento creciente con el islamismo radical. La guerra de Iraq se transforma en guerra civil larvada entre tres regiones ya de hecho separadas que explotará tan pronto como Estados Unidos proceda a su inevitable retirada.

Irán consolida su poder en Oriente Medio y sus opciones nucleares como estrategia defensiva. El asesinato de Benazir Bhutto nos recuerda la crítica situación de un Pakistán nuclear por donde andan precisamente

Bin Laden y la cúpula de Al Qaeda. Y las legiones de mártires fundamentalistas están prestas a una ofensiva contra Estados Unidos y sus aliados en el mundo musulmán. La fallida táctica de Bush contra Al Qaeda ha reforzado el peligro real que representan las redes autónomas del fundamentalismo terrorista en todo el mundo.

¿Y usted y yo en todo esto? Pues seguiremos clavando nuestras espuelas en caballos de cartón, miraremos el panorama y nos refugiaremos en casa, apagaremos una tele ya insoportable, tiraremos el libro de puro aburrimiento, nos aislaremos en la familia donde cada uno va a lo suyo cuando van, navegaremos por internet sin saber adónde o por qué, nos sumiremos en el paraíso artificial del fútbol mentira, pasaremos de la política excepto cuando toque votar y cruzaremos los dedos para que no falte trabajo. Pero nos seguiremos sintiendo vivos, con ese regustillo de poder hacer y soñar. Porque en el 2008 como en el año que termina, el sentido de la vida es simplemente ese: vivir.